

Ese niño es un Dios. Brota á raudales
 De sus labios el bien. Sobre su huella
 De agua viva y de amor los manantiales
 Fecundos surgen, y con sangre sella
 Sobre una cruz sus votos celestiales.
 La salvación, la gloria deja en ella,
 Que al espirar, pendiente de un madero,
 Llama á su eterna gloria al mundo entero."

SALVADOR DIAZ MIRON.

I

A LAS PUERTAS.

Al fulgor ensangrentado
 De una hornaza nunca extinta,
 Junto al yunque en que el ardiente
 Hierro herido arroja chispas;
 Levantando y abatiendo
 El martillo que fatiga;
 Sudoroso y atezado,
 Un Vulcano está á tu vista.

Esta atmósfera de infierno,
 Roja á fuerza de encendida,
 En que el Cíclope trabaja
 Como en una pompa olímpica,
 Bien pudiera sofocarte
 Con su fuego y su ceniza.....
 ¡Que de tí no éntre aquí más
 Que la luz de tu pupila!

No penetres en el antro,
 No busques idolatrías
 En este taller, —panoplia
 De tantas sagradas iras!
 Yo amo la belleza, es cierto;
 Mas no á la manera antigua;
 Vástago de esta centuria
 Voy por donde ella me guía.

Y ni para honrar los templos
La moderna Grecia artística
Sobre los pechos de Helena
Modela copas divinas;
Ni el nuevo genio ateniense
Mira, con ansias lascivas,
En la cadera de Aspasia
El contorno de su lira;

Ni la estética en su arena
Premia, como antes solía,
El más melódico beso
Aplicado á una mejilla;
Ni en los litigios famosos
Que dirime la justicia,
La desnudez de Frinea
Es hoy razón decisiva.

Tu lugar no está en mi fragua:
¿Qué te importa la obra mía?
Yo no labro joyas de esas
Que á las mujeres cautivan:
Forjo armaduras, escudos,
Cascos, espadas y picas,
Para todos los derechos
Que combaten por la vida!

II

A LOS HEROES SIN NOMBRE.

¡Milicias que en las épicas fatigas
Caisteis, indistintas é ignoradas,
Cual por la hoz del rústico segadas
En tiempo de cosechas las espigas;

Que moristeis á manos enemigas,
Fulgentes de entusiasmo las miradas,
Tintas hasta los puños las espadas
Y rotas por delante las lorigas!

¡Obscuros Alejandro y Espartacos!
La ingratitude de vuestro sino aterra
La musa de los signos elegiacos.

¡En las cruentas labores de la Guerra,
Sembradora de lauros, fuisteis sacos
De estiércol ¡ay! para abonar la tierra!

III

VICTOR HUGO.

¿Qué palabra mejor que la que canta?
¿Qué timbres de más prez que los que encierra
Ese rey triunfador á cuya planta
Es un mezquino pedestal la tierra?
¿Qué fuerza más divina
Que la de ese Titán que escala el cielo,
Desafiando al rayo, —que fulmina
Todo lo que se empina
Sobre este bajo y miserable suelo,
Espíritu y volcán, torre y encina?
¡El cóndor gigantesco de los Andes,
El huitre colosal de orlado cuello,
No ha batido jamás alas tan grandes
Ni ha visto de tan cerca un sol tan bello!

El poeta es el antro en que la obscura
Sibila del progreso se revuelve;

El vaso en que la vida se depura
 Y, libre de la escoria, se resuelve
 En verdad, en virtud y en hermosura!
 ¡No hay gloria de más claros arreboles
 Que la de ser, en la penumbra inmensa,
 Uno de esos crisoles
 En que la luz del alma se condensa
 Como el fuego del éter en los soles!

El vidente está allí, noble y sereno:
 Si los hombres lo afligen porque es bueno
 Y en su yerma heredad siembran la ortiga,
 Él los consuela, y del terruño ajeno
 Recoge el cardo, como Ruth la espiga!
 Árbol que el viento del Otoño hiere
 En la hoja, en la flor, en el retoño!
 ¡Árbol que al viento del Otoño muere
 Y que perfuma el viento del Otoño!
 Todo el vapor que del pantano sube
 Miasmático y sombrío,
 Se cuaja arriba en tormentosa nube,
 ¡Pero desciende en bienhechor rocío!
 ¿Qué importa que el sublime Prometeo,
 Bajo el chispazo que su frente atrae,
 Muerda el polvo en la lid, si como Anteo
 Se endereza mayor siempre que cae?
 La ráfaga que zumba
 No ha de apagar la estrella.
 ¡Dejad que al fin el trovador sucumba!
 ¡La luz de su estro, como nunca bella,
 Brotará por las grietas de su tumba!

¡Oh soñador excelso! Yo te he visto
 Tocar el cielo, en el batido estuario,
 Ara de tu ideal! Tú, como Cristo,
 Completaste el Tabor con el Calvario!
 Misionero de luz propicio al ciego,
 Tu genio, semejante á un meteoro,
 Llovió desde el zenit lenguas de fuego
 Y abrió en la inmensidad surcos de oro!

No es cierto que tu espíritu esté falto
 De esa unidad espléndida y bruñida
 Que constituye el mérito más alto
 De un libro, de un diamante y de una vida;
 Pero pagaste el natural tributo!
 Primero el huevo, y en seguida el ave!
 Es fuerza que la flor preceda al fruto
 Y el hombre empiece donde el niño acabe!
 Roja y azul la sangre que te anima
 Hizo de tí la aurora que refleja,
 La púrpura del sol que se aproxima
 Y el zafir de la noche que se aleja.
 Tu frente audaz, que el pensamiento arruga,
 Puede alzarse sin mancha! Dios te impele,
 Nadie reprocha á la rastrera oruga
 Que se convierta en mariposa y vuele!

Envueltos en su túnica inconsútil,
 Tus veinte años de destierro gimen.....
 El crimen te absolvió..... ¡Pero fué inútil!
 ¡Tú no absolviste al crimen!
 Y allí, de pie, sobre tu peña sola,
 Nueva Pathmos ceñida por la ola;
 Allí vuelto á los réprobos distantes,
 Y en tu lengua de hipérbolos y elipsis,
 Lanzaste, nuevo Juan, los fulgurantes
 Relámpagos de un nuevo Apocalipsis!

Y tú no fuiste el único en el duelo,
En la pena, en el Gólgota, en la injuria.....
Cuanto era cumbre ó remontaba vuelo
Sufrió el embate de la misma furia.

Mas ¿cómo pudo ser? ¿Qué fuerza extraña,
Qué ingente cataclismo
Decapitó de un golpe la montaña,
Aventando sus crestas al abismo?
¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,
Qué estallido de horno
Rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,
Arrojando sus águilas en torno?
¿Profanado el augusto tabernáculo
Y erguidos y triunfantes los protervos!
¿Apagada la zarza en el pináculo
Y allí agrupados en festín los cuervos!
¿El pueblo subyugado por la tropa,
El pueblo audaz que con ardor fecundo,
Dando su sangre en holocausto á Europa,
Reivindicó la libertad del mundo!
¿Radiante y vencedor el culto falso!
¿La virtud perseguida con encono!
¿El deber expirando en el cadalso
Y la infamia sentándose en el trono!
¿Obscureciendo el sol! ¿La Francia esclava!
—¿En dónde estaba Dios que no veía,
Puesto que así dejaba
Prevalecer la noche sobre el día?

—
¡Oh poeta! Tu espíritu enamora:
Es cual la estatua que el egipcio estulto
Honra por sonora;
Tiene el supremo pedestal: el culto,
Y la suprema inspiración: la aurora!

Sin rival cuando canta y cuando gime,
Tu voz reina en el duelo y en la fiesta:
Tus versos son la música sublime,
No de una lira, sino de una orquesta!
No hay nota por tu acento no emitida:
Tan grande en la inquietud como en la calma,
Tocas todo el registro de la vida,
Recorres todo el diapason del alma!
Siempre con igual éxito, tu numen
Brotó en odas, idilios y elegías,
Y es que en tí se completan y resumen
Píndaro, Anacreonte y Jeremías!
Tu genio no es el bólido infecundo
Que en vano estalla en el celaje incierto:
Es la columna que dirige al mundo,
Camino del Edén por el desierto!
El ideal que el porvenir reserva
Y que hace ahora su primer ensayo,
Saldría de tu frente, cual Minerva
Surgió de la cerviz del dios del rayo!
Angeles que combaten con vestiglos
Y que alcanzan victoria tras victoria,—
Tus himnos brillan como el sol!— La historia
No ha producido en sus mejores siglos
Gloria que pueda superar tu gloria!

—
¡Contemplad al coloso!
Ved cómo lucha y lucha y no desmaya,
Cómo pisa radiante y majestuoso
El más alto crestón del Himalaya;
Cómo allí, —puesto en Dios el pensamiento,—
Revela un nuevo mundo en cada grito.....
¡Atlas en que se apoya el firmamento!
¡Atalaya que explora el infinito!

IV

A BYRON.

Eras á un tiempo el ángel y el vestigio;
El astro y el espectro en el cometa;
Todo un siglo hecho hombre; todo un siglo
De befa y de pasión hecho poeta.

Te calumniaban con insigne dolo;
Y bello y tentador y altivo y fiero,
Fuiste un Don Juan que se cantaba solo,
Un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstruo á Edipo,
Pasmaste con enigmas la fe ciega;
Te pusiste la máscara de un tipo,
Como el actor en la tragedia griega.

Del fango impuro á tu soberbia frente
Subió un vapor que obscureció tu juicio:
Te dejaste arrastrar por la corriente,
Y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu numen fué entonces un mal hado,
Nutrido y lleno de impiedad sangrienta:
Para cada fanal tuvo un nublado,
Y para cada vela una tormenta!

Llegaste á las supremas ironías,
Como cediendo á impulsos espontáneos:
Profanabas la tumba en tus orgías,
Bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron
El grito aterrador, el grito mismo
Que los bajeles de Tiberio oyeron
Bajo una tempestad, sobre el abismo.

Sombra y desolación era la suerte:
Vino tu genio, codiciaba palmas,
Y fué el corcel en que montó la Muerte
En ese Apocalipsis de las almas.

Trágico, taciturno, sobrehumano,
Entre tanta ceniza y tanto escombros,
Pasaste con tu cítara en la mano,
Como un verdugo con su hierro al hombro!

Cual de una nube de borrasca y guerra,
Y en medio de una convulsión caíste:
Pisaste ortigas al tocar la tierra,
Y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración, jamás extinto,
Te arrojó sin cesar sobre las naves:
Errar de clima en clima es un instinto
En ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te atraían, y mostrabas
Vivo placer á las riberas solas,
Cuando —soberbio nadador— rasgabas
Desnudo y ágil y tenaz las olas:

Igual al mar por tu doblez extraña,
Reflejabas el cielo á que tendías;
Y audaz y atronador y hecho montaña,
Te alzabas hasta él y lo escuchabas!

No envidiabas al píelago sus dones:
Tú tenías también ímpetus, brumas,
Trombas, brillos, honduras, explosiones,
Monstruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco? Tal vez; pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
Nunca ha sido ni artista ni videnté,
Ni paladín, ni redentor..... ni nada!

¡Cuán grandes fueron tus postreros días!
 ¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!
 Eras Manfredo en el Jung Frau; querías
 Caer, pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte á la natal ribera?
 ¿Por qué robarte á Missolónghi? ¿Acaso
 Fué nunca tierra para tí extranjera
 La tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
 Tu ilustre polvo con su arena recia:
 Grecia guardó tu aparición sublime;
 Tu verdadero monumento es Grecia.

Duerme. Tu gloria crecerá entretanto,
 Mientras palpita el corazón de un hombre.
 Descansa en paz. Las ondas de Lepanto
 Eternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta
 Dispare un dardo á tu azarosa vida,
 La heroica sombra de tu muerte augusta
 Interpondrá su redentora egida.

RICARDO DOMINGUEZ.

EN MI HOGAR.

¡Qué brillante el sol que besa
 De tu vidriera el cristal;
 Nunca lo he visto tan bello,
 No lo he visto así jamás!

¡Qué rayo tan puro alumbra
 Hoy tu frente virginal!
 Con él tus ojos se encienden;
 ¡Cuanta hermosura les da!

¡Oh! ¡qué mañana tan tibia!
 ¡Cómo huele el azahar!
 ¡Qué pomas las del naranjo!
 ¡Qué rosas las del rosal!

¡Cuánta flor hay en los huertos
 Que alcanzo aquí á columbrar;
 Cuánta campánula azul,
 Cuánto lirio y tulipán!

¡Qué amarilla la retama!
 ¡Qué menudo el limonar!
 ¡Qué blanco el álamo altivo!
 ¡Qué azul el cañaverál!

¡Qué rojas las amapolas
 Que á abrirse comienzan ya!
 ¡Qué sombroso el mangle negro!
 ¡Qué húmedo el verde cañal.....!

¡Oh! ¡qué mañana tan bella
La primera del hogar!

La frente de las montañas
De luz coronada está:
El volcán brilla á lo lejos
Con el brillo del cristal.

¡Qué sueltas corren las nubes
Por la azul inmensidad!
¡Qué música la del río;
Parece un himno nupcial!

.....

¿Por qué se vuelven tus ojos
En pos de la claridad
Con que se abrillanta el cielo?
¿Por qué no me miras ya?

¡Ah! perdona, es que tus labios
Por mi amor rezando están:
Haces bien: reza hoy que es día
De hacer votos y de orar.

Reza en voz alta, bien mío,
Que en mi labio tiembla ya
Tu plegaria..... ¡Oh! ¡yo quisiera
También ponerme á rezar!

Sol hermoso, campo alegre,
Nubes que el cielo adornáis,
Pájaros, flores, paisajes,
Cuanto me mira gozar:

No muráis para mis ojos,
Cielo y tierra, no muráis;
Antes como hoy de contino
Con vuestro canto alegrad
Este sitio que amo tanto;
Alegradlo, que es mi hogar!
